

Biblioteca  Era

www.edicionesera.com.mx

José Emilio Pacheco

• INVENTARIO •

Antología

Prólogo de
Juan Villoro

Selección de
Héctor Manjarrez, Eduardo Antonio Parra,
José Ramón Ruisánchez y Paloma Villegas

• El libro imposible •

La máquina de escribir, el secuestro de Patty Hearst, la banda de Charles Manson, los poetas de América Latina, los liberales de la Reforma, las batallas que pudieron terminar de otro modo, las anécdotas personales, los premios Nobel (cubiertos al instante: se entregan en jueves y la revista *Proceso* cierra su edición el viernes), las desventuras de la fama literaria y la catástrofe de vivir en la Ciudad de México son algunos de los temas que convirtieron la columna “Inventario”, de José Emilio Pacheco, en la enciclopedia que durante cuarenta años se escribió semana a semana.

En una de esas entregas, no recogida en estos tres tomos, Pacheco se refiere a los *best sellers* y a un autor que estuvo muy en boga y como tantos de su género cayó en el olvido: Harold Robbins, quien por cierto vivió mucho tiempo en Acapulco. Decía Pacheco más o menos lo siguiente: “Ha vendido más libros que todos los escritores mexicanos juntos, de Nezahualcōyotl a Juan Villoro”.

Pacheco me colocó como el que cierra una tradición, no por méritos literarios sino biológicos, por pertenecer en calidad de recién llegado a un oficio tumultuoso y no muy favorecido por el gran público en el que desde el poeta nahua Nezahualcōyotl nadie había vendido tanto como Harold Robbins. Si en el censo provisional de fines de la década de 1970 yo era el último de la fila, el que apaga la luz antes de cerrar la puerta, ahora soy el sexagenario que procura encenderla para revisar el inagotable “Inventario”.

De 1973 a 1976 José Emilio publicó su “Inventario” en el legendario periódico *Excelsior*, dirigido por Julio Scherer García. Después del golpe orquestado por el presidente Luis Echeverría, máxima

afrenta a la libertad de expresión en el México en los últimos tiempos, Pacheco decidió seguir junto a Scherer en la revista *Proceso* y publicó ahí su columna hasta 2014, año de su muerte, con un último “Inventario” sobre Juan Gelman, fallecido unos días antes y de quien solía decir con una modestia calculadamente literaria: “¿Cómo pueden decir que soy el mejor poeta de México si ni siquiera soy el mejor de mi barrio, donde también vive Juan Gelman?”

En una de sus entregas, José Emilio habla del periodismo como prosa de emergencia, y encomia el ejemplo de Fernández de Lizardi, renovador simultáneo de la novela y la crónica en el siglo XIX. A partir de este antecedente, sugiere que la escritura que cristaliza en “Inventario” no es otra cosa que literatura bajo presión.

Pacheco era profundamente autocrítico con sus textos. Solía decir sin remilgos, en tono de la más genuina preocupación: “Están muy mal escritos”. Sin embargo, esto no sólo se refería a las páginas entregadas a la prensa (llenas de obsesivas enmiendas hechas a mano), sino a cualquiera de sus textos. Del mismo modo, solía considerarse incapaz de hacer cosas que sin embargo lograba. En alguna ocasión, le hablé para invitarlo a dar una conferencia y se descartó de inmediato, señalando que había personas mucho más capacitadas para abordar ese tema específico. Luego, por el mero afán de seguir hablando, comenzó a especular sobre las cosas que hubiera dicho en el absurdo caso de presentarse en aquel lugar y durante una hora impartió la conferencia maestra que supuestamente no podía dar.

A pesar de las exigencias para publicar semana a semana, el estilo literario de Pacheco era tan inconfundible que hubiera podido prescindir de las iniciales con las que firmaba (JEP) sin que nadie pensara que se trataba de otro autor.

Antes de internet, Pacheco se servía de una información que parece inverosímil dominar. Como lector, atesoraba citas y datos en anticipación de temas todavía futuros. De ahí su capacidad de responder en forma instantánea a la designación del Premio Nobel y otros asuntos de imperiosa contingencia. Con Carlos Monsiváis compartió el mérito de ser uno de los primeros “motores de búsqueda” del país, estableciendo asociaciones entre las formas

más variadas del saber. En sus artículos y en sus pláticas de sobremesa no había tema menor. La invención del bolígrafo desechable o de la torta compuesta le permitían hablar de la cultura de la época, del mismo modo en que la minuciosa concatenación de detalles nimios le permitía trazar la ruta fatal que provocó que el *Titanic* chocara con el iceberg. En sus recreaciones de personajes históricos pedía auxilio al chisme y soltaba “exclusivas” que sus lectores y contertulios ignoraban, como la sorprendente noticia de que Amado Nervo había sido tío político del Che Guevara.

“Inventario” es el terreno singular donde un dato esquivo adquiere repentina relevancia: Antonio López de Santa Anna cae preso y mastica una sustancia gomosa para matar el tedio del encierro; su celador, de apellido Adams, le pregunta de qué se trata y se entera de que existe algo llamado “chicle”. Tal es el origen del emporio de Chiclets Adams.

Uno de los libros de E. M. Forster lleva como lema “*only connect*”, sólo conecta. Vincular significa entender; tal es el recurso maestro del periodismo cultural de Pacheco, que unió zonas de la realidad que no se habían tocado y sólo a través de él entraron en contacto. Su soltura para mudar de intereses le permitía ocuparse de uno de los espacios más recoletos de la cultura mexicana, las peluquerías, donde los varones leían —o veían— revistas de vago erotismo, para explorar después con idéntica curiosidad la obra de Francisco de Quevedo, a quien en un alarde de atemporalidad —lo clásico como presente eterno— dedicó cuatro “Inventarios”. Ajeno a todo paternalismo, jamás consideró que ciertos temas estuvieran por encima de los lectores.

Este ejercicio ocurría en tiempos en que el periodismo no gozaba de gran prestigio cultural. Cuando cursaba la carrera de Sociología, a fines de la década de 1970, un profesor solía decirnos: “Estudien, muchachos, o van a acabar de periodistas”. Eran los tiempos en que Abel Quezada dibujaba a redactores familiares, sostenidos por una estaca, que tenían una torta sobre la máquina de escribir, al modo de la zanahoria que hace avanzar al burro. Si ese oficio se ha dignificado es en buena medida gracias a la impronta de “Inventario”.

¿Qué tono adoptaba Pacheco para contar la vida y analizar su tiempo? Estamos ante el peculiar caso de un proselitista discreto, que defendía sus causas sin poner el acento en sí mismo ni situarse como testigo privilegiado. Aunque conocía a muchos de los protagonistas de los que hablaba, solía referirse a sí mismo como “este redactor” y firmaba con iniciales destinadas a ocultarlo pero que se convirtieron en una marca registrada del periodismo de calidad en México: JEP.

A propósito de Antonio Machado, comentó que disponía de la voz tranquila, sosegada, de quien conversa en medio de grandes oradores. Tal es el tono de quien no pone el acento en sí mismo sino en sus convicciones. Pacheco no promovió su presencia en la cultura, sino la de sus ideas.

Un tema esencial de Pacheco es el paso del tiempo. Baste pensar en títulos como *Irás y no volverás*, *Tarde o temprano*, *Desde entonces* o, por supuesto, *No me preguntes cómo pasa el tiempo*. Todos ellos se refieren a la inevitable fugacidad de las empresas humanas. La certeza de que todo habrá de perecer entra en tensión con otra creencia de Pacheco: la necesidad de preservar valores amenazados. Los “Inventarios” despliegan un tema transversal que les otorga inquietante unidad: toda empresa civilizatoria está condenada al fracaso y al olvido; por eso mismo, hay que defenderla.

A propósito de José Vasconcelos, hombre proteico, emprendedor de tareas titánicas, desmesurado escritor autobiográfico, promotor del muralismo y editor de los clásicos en tirajes masivos, señala que apenas merece un minuto de gloria en la posteridad. Todo se desvanece, todo está ya sentenciado. Y sin embargo, después de dar esta pésima noticia, Pacheco insiste en defender la Ciudadela asediada.

Uno de sus textos más sugerentes lleva el título de “Las alusiones perdidas”, en referencia a la novela de Balzac, *Las ilusiones perdidas*. Ahí se ocupa de las referencias culturales que dicen poco hoy en día, pero que determinaron la cultura occidental durante mucho tiempo. La mayoría de ellas provienen de la Biblia o la cultura grecolatina. Si alguien dice estar en su “travesía en el desierto” o en su “Monte de los Olivos”, eso ya sólo tiene sentido

para los eruditos. ¿Cómo mantener vivo este acervo? “Inventario” era el sitio de excepción donde el pasado volvía a tener una oportunidad y resultaba noticioso.

El temperamento intelectual de Pacheco es el de un catastrofista que resiste y a fin de cuentas se la pasa bastante bien. En su clave celebratoria, contagia el gusto por sus poemas favoritos, escenarios de la vida mexicana, los liberales del siglo XIX que tuvieron en sus manos el dinero de la nación y jamás se enriquecieron. Ignacio Manuel Altamirano, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez “el Nigromante” nacieron en una patria recién fundada, todavía incierta, que hicieron suya por escrito y en la arena pública. En ellos encuentra Pacheco a sus más significativos precursores morales, pero también se ocupa de figuras que deben ser revisadas en claroscuro, como el general Porfirio Díaz, dictador implacable, que también fue el militar que contribuyó a derrotar a los franceses y entró a la Ciudad de México al comando de una tropa cadavérica, menesterosa, que asustó a la población, no por lo que podía hacer en la capital, sino por el estado en que se hallaba. Esa recreación del joven Díaz al frente de los fantasmales “chinacos” permite entender mejor, en la precariedad misma de la soldadesca, la hazaña que significó derrotar al poderoso ejército de Napoleón III.

Todo autor necesita hacer las paces con los demás autores que pudo ser. El que tiene facilidad para el verso lírico, pero no desea cultivarlo, debe lidiar con ese espectro en busca de la voz que más le interesa. En *El loro de Flaubert*, Julian Barnes comenta que el destino humano depende de la “pacificación de apócrifos”, es decir, de llegar a un acuerdo con las vidas que se podrían haber llevado y no se tuvieron. En el caso de una vocación literaria, esto implica renunciar a ciertos géneros o ciertas tendencias. De manera asombrosa, en “Inventario” Pacheco reveló que podría haber sido un novelista histórico, un relator de batallas, un narrador de aventuras, un autor de ciencia ficción o un fabulador contrafactual. Ninguna de estas categorías definen sus libros, pero en “Inventario” las practica en forma ocasional.

En su faceta especulativa, no se priva de suponer qué habría pasado si el poeta Ramón López Velarde no hubiera muerto a los

treinta y tres años. ¿En qué se habría convertido? Pacheco recuerda que en la Preparatoria Nacional número 1 fue maestro de un futuro presidente de la República, Miguel Alemán. Sin duda alguna, habría tenido un *hueso* garantizado. ¿Qué hubiera sido de un López Velarde funcionario? Otra hipótesis de fantapolítica: ¿qué habría pasado si el general invicto de la Revolución mexicana, Álvaro Obregón, hubiera ganado la elección en vez de que lo mataran en el restaurante La Bombilla? Probablemente se habría convertido en un autócrata más temible que Porfirio Díaz.

Siguiendo el tren de sus conjeturas, Pacheco imagina un encuentro entre el fantasma de Amado Nervo y el de López Velarde en la esquina de Madero y San Juan de Letrán, cerca de la oficina de abogados donde trabajaba el poeta de “La suave Patria”. La posteridad ha premiado a López Velarde y desterrado a Amado Nervo a la Siberia de la cursilería. Sin embargo, en el encuentro que propone Pacheco, el fantasma de Nervo entiende mejor la tradición y sabe que todos los poetas acaban por confundirse en la memoria de los lectores.

Pacheco fue un notable guionista de cine. Le debemos *El Santo Oficio* y *El castillo de la pureza*, dos de las mejores películas del cine mexicano, dirigidas por Arturo Ripstein. En “Inventario”, su talento para hacer montajes escénicos lo lleva a crear monólogos y cuadros de costumbres.

Todo esto informa que el novelista de *Las batallas en el desierto* y el poeta de *La arena errante* pudo haber sido varios autores diferentes. Todos ellos están en “Inventario”, en calidad de cómplices secretos, actores de reparto junto a un protagonista de las letras, sorprendentes comparsas de ocasión.

Concluyo con una observación sobre la ruptura y la tradición. En alguno de los “Inventarios”, Pacheco señala que no se puede modificar la tradición sin conocerla; resulta estéril romper con lo que ignoras. La transformación surge del conocimiento de un orden previo.

En su periodismo cultural, no se limita a defender de manera beata los principios de la Gran Cultura; los pone en tela de juicio para explorar si aún mantienen digna actualidad y, a partir de la

revisión crítica del pasado, propone nuevas rutas para la imaginación.

Con el tiempo, la columna “Inventario”, publicada de 1973 a 2014, se convirtió en una forma de la mitología. Sólo algún coleccionista compulsivo tenía la serie completa. Que alguien recorlara y preservara todas esas colaboraciones resultaba digno de asombro y casi de miedo. Más común era tener algunos “Inventarios” o conocer ciertos pasajes de ese torrente narrativo por las citas de otros autores. Lo cierto es que a lo largo de cuatro décadas ejercimos una lectura *legendaria* de “Inventario”, mezcla de lo que habíamos podido atesorar, del regreso fragmentario a esos textos y de lo que creíamos recordar.

¿Por qué Pacheco no publicó en vida su Libro de libros? No dejaremos de hacernos la pregunta. Abundan las explicaciones del propio autor, todas ellas destinadas a demostrar, con astuta gestualidad literaria, que se trataba de un trabajo inconcluso, transitorio, escrito de prisa, necesitado de enmiendas, complementos y supresiones. El ADN literario de Pacheco exigía la corrección continua. De acuerdo con Monsiváis, verlo trabajar en un texto significaba “asistir a un campo de batalla”. Y no sólo eso: una vez publicados, sus libros eran modificados en sucesivas ediciones.

“Inventario” surgió como un texto incesante, que corría al parejo de los días y no podía encontrar término alguno. El afán perfeccionista de Pacheco y la condición de “escritura continua”, sujeta al devenir, impedían que le pusiera punto final. Esa responsabilidad se desplazó a sus lectores, destinados a encontrar diversos acomodos al río de historias y reflexiones que él legó. Pocas veces un texto ha dependido en tal forma de la recepción literaria. La selección en tres tomos publicada por Ediciones Era es el comienzo de un asedio múltiple a una escritura enciclopédica. En buena medida, la interpretación de esas cuatro décadas de prosa es todavía futura. El “Proyecto Inventario” seguramente dará lugar a un sitio digital en transformación permanente, donde puedan cruzarse toda clase de referencias, y las ediciones en papel podrán cristalizar en libros temáticos que condensen intereses recurrentes del autor, como la poesía modernista, la política,

el pensamiento de los liberales del siglo XIX, el Siglo de Oro, las tácticas de guerra o la cultura popular.

De un modo profundo, la renuencia del autor a publicar en vida sus “Inventarios” en uno o varios libros expresa la condición esencial del proceso literario: ninguna obra quiere ser escrita. Avanzar en las páginas implica vencer la resistencia de los materiales, sobreponerse a incontables borradores en busca de la imposible versión definitiva.

Inventario está destinado a ser el libro excepcional que Pacheco posponía de manera permanente, no por falta de dedicación, pues a él entregó sus más continuos esfuerzos, sino porque en cada una de sus entregas se sometía a la incontestable prueba del tiempo. El columnista apostaba a ser pertinente esa semana y a superar las contingencias de la hora para mostrar, como quería Quevedo, que “lo fugitivo permanece y dura”.

Hijo de un notario, Pacheco escogió un nombre modesto para su columna. La sencillez con que bautizó su empeño, como quien se limita a levantar un acta, produjo un eficaz efecto de contraste: pocos propósitos intelectuales tan desmesurados como “Inventario”.

Pacheco nunca se privó de ser apocalíptico; criticó la devastación de la Ciudad de México, la pérdida de referencias y valores literarios, la creciente corrupción de la clase política, los desastres del consumo y la mercantilización. Su periodismo cultural es una inmensa ventanilla de quejas, pero también un bastión de resistencia.

Cuando todo parece a punto de venirse abajo, José Emilio Pacheco toma la palabra.

Juan Villoro

• Sobre esta edición •

Cuando José Emilio Pacheco empezó a publicar su columna el 5 de agosto de 1973 era un joven de treinta y cuatro años. Cuarenta años después, la noche del 24 de enero de 2014, Pacheco afinaba los detalles del segundo “Inventario” dedicado a Juan Gelman a raíz de su muerte, ocurrida diez días antes. Luego de enviar su texto se fue a dormir para no despertar. Entre esas fechas se desarrolló, con algunas pausas pero sin tregua, la obra más importante, influyente y leída de nuestro periodismo cultural.

Desde las primeras entregas de “Inventario” en el *Diorama de la Cultura* del *Excélsior* de Julio Scherer (1973-1976), la columna era esperada semana a semana y era ya un espacio querido y reconocible. Tras el golpe a *Excélsior*, “Inventario” pasó a publicarse en la revista *Proceso* desde su primer número hasta 2014.

La escritura del conjunto de todos los “Inventarios” publicados por Pacheco fue una tarea de proporciones casi fuera de alcances humanos (eso, sin tener en cuenta que su autor también fue notabilísimo poeta, narrador, traductor, cronista, conferencista, estudioso académico de la literatura, etcétera).

Para la publicación de esta antología, José Emilio Pacheco quiso que se observaran ciertos criterios: no quería que se incluyera todo sino una selección cronológica lo más estricta posible a partir de una propuesta de Eduardo Antonio Parra que él aprobó.

Pidió, por otra parte, no incluir los poemas que aparecían a veces en el espacio de “Inventario”, pues eran siempre versiones anteriores a las publicadas más tarde en sus libros. Tampoco quiso que se incluyeran sus traducciones de poesía, ya que

aparecerán en versiones corregidas en la recopilación *Aproximaciones*.

Es necesario decir que no existe un original de “Inventario” de mano del autor. La apresurada publicación de una columna periodística semanal llena de nombres de personas y lugares de todo el mundo, títulos, fechas, lenguas extranjeras y demás era proclive a los errores y las erratas. Para afinar y concluir la selección, así como para colaborar en la ardua corrección, participaron también Héctor Manjarrez, Paloma Villegas, José Ramón Ruisánchez y Virginia Ruano. Se incluyen en estos tres tomos aproximadamente un tercio de los “Inventarios” publicados.

Como le sucedía con todas sus obras, Pacheco hubiera querido corregir, reescribir y sobre todo poner al día todos los “Inventarios”, alrededor de seis mil cuartillas. Si la tarea de escribirlos era ya titánica, la de corregirlos era imposible. Debemos estar agradecidos de que José Emilio Pacheco no hubiera emprendido esa ingrata y por definición interminable tarea. Gracias a eso siguió escribiendo “Inventarios” hasta el último día de su vida.

Para Pacheco, hombre de libros si los hay, “Inventario” fue una forma de vida, una forma de leer, un lugar donde un libro era el pretexto para llegar a otros y a otros y a otros, para tejer historias y relaciones iluminadoras. La abundancia de libros era para él la única riqueza concebible. Esa pasión por saberlo todo y por compartirlo todo lo llevó desde muy joven a intentar este nuevo género, a modificarlo y darle vida en el camino. Esta edición quiere poner en las manos de los lectores el momento más alto del periodismo cultural mexicano que Pacheco llevó a una cumbre que parece inalcanzable.

Enero de 2017

• 1973 •

De Lautaro a Salvador Allende: Un mínimo repaso

Los invencibles mapuches o araucanos frenaron la expansión del imperio incaico y mantuvieron su independencia. En 1520 Magallanes descubrió para Europa el actual territorio chileno. Los araucanos derrotaron a Diego de Almagro, adelantado de la Nueva Toledo. La heroica resistencia dirigida por Lautaro logró la muerte del gobernador Pedro de Valdivia. García Hurtado de Mendoza diezmó a los araucanos y empaló a su nuevo jefe, Caupolicán. Pero los mapuches no se sometieron al dominio español y libraron una guerra de guerrillas hasta fines del siglo XIX.

Parte del Virreinato del Perú, el reino de Chile fue el sector más aislado y distante del Imperio español. Su relativa pobreza en metales preciosos llevó a los colonizadores a establecer latifundios con peonaje indio prácticamente esclavo. En 1810 la naciente oligarquía criolla instauró una junta gubernativa en Santiago, pronto polarizada entre las aspiraciones radicales de los hermanos Carrera y la moderación de Bernardo O'Higgins, hijo natural de un virrey de Lima. Los españoles lograron una efímera reconquista venciendo a José Miguel Carrera en Chillán y Talca, y a O'Higgins en Rancagua. Unido a José de San Martín, O'Higgins cruzó los Andes. El ejército insurgente venció a los realistas en Chacabuco y Maipú. Gracias a la flota organizada por un enviado inglés, Thomas Dundonald, Lord Cochrane, los españoles perdieron su último baluarte en la isla de Chiloé.

Los hombres de la Independencia pensaban en una sola lucha continental, en un inmenso país llamado América al que luego saquearía hasta de su nombre la gran potencia imperialista del norte. Pero nuestras naciones surgieron deshechas por las deformaciones estructurales del sistema colonial, y el Imperio británico se aprestó a llenar el vacío de poder dejado por España. O'Higgins, "director supremo", fue depuesto en 1825. Ramón Freire limitó los privilegios de la Iglesia y abolió la esclavitud. La Constitución de 1828 dividió a la élite criolla en "pelucones" (conservadores) y "pipiolos" (liberales). Chile estaba en la miseria, la situación de las masas no había cambiado.

Diego Portales venció a los "pipiolos" en Lircay (1830). Los "pelucones" se aseguraron treinta años de dominio autocrático. Los capitales ingleses comenzaron a entrar en el país, ascendió la producción minera, Valparaíso se volvió el gran centro comercial del Pacífico y hubo un incomparable florecimiento intelectual animado por el venezolano Andrés Bello.

Dentro del proceso centrífugo que arruinó el gran sueño de una sola América indoespañola, Chile deshizo la confederación peruano-boliviana del mariscal Santa Cruz en la batalla de Yungay (1839). El vencedor Manuel Bulnes gobernó hasta 1851. El salitre se tornó indispensable para abonar los trigales y salvar a Europa del hambre y sus consecuencias. Manuel Montt dio a Chile los primeros ferrocarriles y telégrafos de Hispanoamérica y opuso al feudalismo rural las inversiones extranjeras. El país se volvió el gran proveedor de salitre y guano, materias capaces de engendrar prosperidades efímeras y catástrofes perdurables.

Con José Joaquín Pérez (1861) se afianzó la república liberal basada en la precaria alianza de las fuerzas del progreso y los detentadores del *statu quo*. Chile pareció libre de la pesadilla militar que asolaba a casi todo el continente. Se fomentó la instrucción, se expandió la economía, se profesionalizó al ejército y se le dio un (falso) prestigio civilista. Asimismo se fundó (1863) el Partido Radical, expresión de las clases medias urbanas, que hasta mediados de nuestro siglo sería la fuerza política mayoritaria.

Chile apoyó a Perú en su guerra con España. La escuadra peninsular bombardeó Valparaíso. Era presidente Aníbal Pinto cuando, en 1879, Bolivia intentó aplicar un legítimo impuesto a las salitreras operantes en Antofagasta. Sobrevino la Guerra del Pacífico. Gracias en parte a la supremacía que le daba su flota, Chile venció a la denodada resistencia peruana, ocupó Lima y convirtió a Bolivia en *hinterland* privándola del territorio que va de los Andes a las costas. Colonizó las regiones de Tacna (que volvió a depender de Lima en 1929) y Arica, y adquirió los yacimientos de cobre bolivianos.

Como resultado de la guerra estos enormes recursos no renovables pasaron a manos de las compañías británicas. En el nuevo norte chileno los ingleses y sus cipayos australes concentraron una creciente masa proletaria, sobreexplotada y obligada a trabajar hasta dieciséis horas diarias. Estas condiciones provocaron frecuentes motines reprimidos sin compasión, pero también el surgimiento de sindicatos obreros y de una aguda conciencia de clase.

Para dar la explotación agrícola y maderera del sur a inmigrantes alemanes se puso en práctica el modelo estadounidense preconizado por Domingo Faustino Sarmiento, el segundo huésped ilustre de Chile (el primero: Andrés Bello; Rubén Darío el tercero): la “civilización” europea triunfó sobre la “barbarie” aborigen y los araucanos fueron víctimas de una guerra de exterminio.

José Manuel Balmaceda, presidente en 1886, trató de romper la dependencia nacionalizando los distritos salitreros. La triple alianza de empresarios ingleses, terratenientes y grandes comerciantes chilenos corrompió al Congreso para que hostilizara a Balmaceda y luego financió una rebelión iniciada (como en 1973) por la Marina. Las naves de la reina Victoria bloquearon los puertos (hoy barcos estadounidenses están “de maniobras” cerca de sus costas). Derrocado por la junta que presidía Manuel Montt, Balmaceda se suicidó en la embajada argentina. Chile quedó como criptocolonia del Imperio británico, que obtenía tanto provecho de la nación austral como de sus dominios africanos y asiáticos.

Tres cuartas partes de sus exportaciones eran para Inglaterra y de allí recibía Chile la mitad de sus importaciones.

Bajo un sistema parlamentarista que abolía la omnipotencia del Ejecutivo, el país tuvo una vida formalmente democrática y disfrutó su tajadita de la *Belle Époque*. Naturalmente la prosperidad benefició a una minoría y no hizo desarrollarse a Chile –que se caracteriza por exportar minerales e importar alimentos– sino como principal proveedor de abonos minerales y fisiológicos para el campo europeo y teatro de una batalla silenciosa entre Londres, Washington y Berlín.

Precisamente un químico alemán logró producir nitratos en su laboratorio: la economía chilena se derrumbó, el desierto salitre-ro se convirtió en una sucesión de pueblos fantasmas. Chile tuvo que aferrarse a un clavo ardiente: el cobre. Tras la victoria de 1918, Estados Unidos reemplazó a la Gran Bretaña. Para 1929 sus inversiones en Chile superaban los cuatrocientos millones de dólares. Los yacimientos cupríferos chilenos, los más ricos del mundo, son absolutamente vitales e indispensables para la industria estadounidense. Sin ellos se vendría abajo la producción militar (balas, pólvora) y civil (aluminio, latón, alambre, etcétera). Las reservas quedaron en posesión de la Anaconda y de la Kennecott hasta que las expropió Salvador Allende. Dueños del cobre: amos de Chile. La Anaconda obtuvo allí el ochenta por ciento de sus ganancias mundiales.

Con todo, Chile se volvió la tercera potencia industrial de Sudamérica y su política se significó por la lucha de partidos y no de caudillos. Al reducirse sus exportaciones a la mitad de su volumen y a la cuarta parte de su valor, para sustituirlas se inició una fase de desarrollo industrial dependiente del capital monopólico con el Estado como socio minoritario. La industrialización propició el ascenso de la clase media y llevó a los desposeídos al éxodo hacia las concentraciones urbanas y sus invariantes: chozas infrahumanas, alcoholismo, delincuencia, mortalidad infantil...

El ejército “profesional y civilista” destruyó la democracia parlamentaria en 1924 y en el 27 entronizó al general Ibáñez. Éste fue vencido en el 31 por una revuelta universitaria que tuvo en-

tre sus dirigentes al joven Salvador Allende. En 1932 una junta integrada por el comodoro de la fuerza aérea Marmaduke Grove –hermano del cuñado de Allende–, Arturo Piga y Carlos Dávila proclamó la primera república socialista de América. Duró doce días: un golpe militar con la complicidad de Dávila dio el poder a los generales. Pero Grove no aró en el mar: en 1938 una coalición de fuerzas obreras y democrático-burguesas, el Frente Popular, aseguró el triunfo electoral a Pedro Aguirre Cerda, que pugñó por el bienestar y la concientización de las mayorías. Cuando el pacto Hitler-Stalin ya había disuelto en un mar de querellas al FP, llegó al Palacio de la Moneda Gabriel González Videla. Traicionó al movimiento obrero, persiguió al PC y fomentó la industrialización dependiente de Estados Unidos. En la clandestinidad surgió el *Canto general*, publicado en México, del gran poeta de Chile y de la lengua española: Pablo Neruda. Ni el resucitado Ibáñez ni Jorge Alessandri pudieron acelerar el desarrollo, redistribuir la riqueza, detener la inflación que golpea a Chile desde hace medio siglo. Eduardo Frei –líder de la Democracia Cristiana y teórico del cuartelazo actual– no cumplió con los postulados de su programa reformista, reprimió a los obreros, cedió ante los trusts y ahondó en fin la crisis chilena.

En 1970 Salvador Allende triunfó en las elecciones y quiso liberar a Chile de su dependencia del imperialismo y de su atraso socioeconómico mediante la construcción de una sociedad socialista, implantada gradualmente por la vía de la legalidad constitucional y sin derramamiento de sangre. Cercado y boicoteado, tuvo el apoyo de las masas obreras y campesinas y de grandes sectores de las clases medias. No armó a sus partidarios en milicias defensivas para evitar enfrentamientos que pudieran desatar la guerra civil, y porque confiaba en la lealtad incesantemente proclamada del ejército. Dentro y fuera de Chile se tramó sin descanso su destrucción. Se le imputaron todos los problemas causados por sus antecesores y sus enemigos: inflación enloquecedora, agitación, descenso de la producción industrial. La ITT y la CIA, como los inversionistas ingleses en tiempos de Balmaceda, se unieron a sus aliados naturales chilenos y lograron al fin que –en un acto de

ignominia que supera la traición huertista de 1913— una fracción mayoritaria de las fuerzas armadas derrocara y asesinara a Allende el trágico martes 11 de septiembre. Al enviar estas líneas a la imprenta, todo indica que lo único logrado por el vil asesino Pinocho Pinochet fue desatar la guerra civil que Allende dio su vida por impedir. El pueblo chileno se levanta en armas contra los traidores. No se establecerá el eje Washington-Brasilia-Santiago. Los fascistas no pasarán.

15 de septiembre de 1973

El otro Neruda

Mil personas llevan hacia su sepulcro provisional el cadáver de Pablo Neruda y aclaman su nombre unido al de Allende. Los soldados queman sus libros en Santiago. En el mundo entero la obra y la muerte del mayor poeta de la lengua española se convierten en emblema de la lucha por la libertad de su patria.

Junto a muchos otros que en un extraordinario ejemplo de dignidad lo han arriesgado todo para hacerse presentes en el entierro, figuran Nicanor Parra y Enrique Lihn, sus más directos herederos en la poesía chilena. El testamento de Neruda, inscrito en el *Canto general*, no podrá cumplirse por ahora: su biblioteca que destinaba “a los nuevos poetas de América” está en manos de quienes allanaron y robaron su casa. Isla Negra tardará en pasar “a los sindicatos del cobre, del carbón y del salitre” a fin de que “allí reposen los maltratados hijos / de mi patria, saqueada por hachas y traidores”. Pero el legado inmenso de Neruda es su obra: sus libros que arden aunque en un sentido muy diferente del que pretenden quienes ordenan su incineración.

VIDA Y POESÍA

Se cumplieron en 1973 los cincuenta años desde que Neruda, a los diecinueve, publicó *Crepusculario*, y los cuarenta de la aparición de *Residencia en la tierra*. Dentro de algunos meses el gran poeta